

La filosofía política de Nicolás Maquiavelo, un pensamiento bajo y oscuro. A propósito de Filippo Del Lucchese. *The political philosophy of Niccolò Machiavelli*. Edimburgo, Edinburgh University Press, 2015

Claudio Aguayo Bórquez*

Uno de los textos más increíbles de la producción de Maquiavelo, la *Vida de Castruccio Castracani*¹, nos da la clave de la lectura *partisana* o *militante* que ha ensayado Filippo Del Lucchese en su reciente libro *The Political Philosophy of Niccolò Machiavelli*:

Parece, queridísimos Zanoni y Luis, a quien bien lo considera, cosa maravillosa que casi todos o la mayoría de los que en este mundo han realizado grandes empresas, sobresaliendo entre sus contemporáneos, tengan nacimiento y origen bajo y oscuro, procurándose con toda clase de trabajos lo que les negó la fortuna; porque casi todos, o fueron expuestos a las fieras, o tuvieron padres tan humildes que, por avergonzarse de ellos, presumieron ser hijos de Júpiter o de cualquier otro dios²

Así abre Maquiavelo este texto enigmático escrito en el atardecer de su vida. Castruccio, de origen no sólo *bajo* sino también *oscuro* (*il nascimento loro basso e oscuro*), representa además el “trabajo” y “la obra” (parafraseando una famosa obra de Claude Lefort que cambió no sólo lo que podría llamarse el maquiavelismo sino también el panorama de la filosofía política contemporánea)³ de un cuerpo (político) indispuerto frente a la omnipotencia de la fortuna. Omnipotencia nunca del todo coherente: si en el famoso *Ghiribizzi a Soderini* Maquiavelo parece afirmar una visión de la fortuna tendiente a certificar su irreductibilidad material, su carácter *trascendentalmente* destructivo de cualquier posición de sujeto⁴, en la *Vida de Castruccio* el “hombre” o el cuerpo da una batalla que, trabajosamente, puede ganar –

* Universidad de Chile.

1 Existe una reconstrucción completa de las fuentes del texto realizada por Miguel Saralegui: “El “Castruccio Castracani” de Pero Mexía” en *Ingenium, Revista del pensamiento moderno*, N°7, 2013, pp. 115-125. Aunque como mucha de la producción teórica tradicionalista respecto a Maquiavelo, el artículo de Saralegui parece más una reseña bibliotecológica que un ensayo o análisis del texto maquiaveliano, tiene utilidad por cuanto muestra la increíble variación y variabilidad de los textos de Maquiavelo a lo largo de su historia: una historia de hurtos, plagios y rumores que comienza con el averroísta Agostino Nifo y sigue hasta el día de hoy en torno a la dialéctica medios y fines y la apropiación *científico-política* de la obra de Maquiavelo.

2 Maquiavelo N., *El Príncipe y otras obras*, Madrid, Gredos, 2008. Edición a cargo de Miguel Saralegui, p. 637

3 Lefort C., *Le travail de l'oeuvre Machiavel*, París, Gallimard, 1972

4 “Pero como de estos sabios no se encuentran, primero por tener los hombres la vista corta, y después por no poder mudar su naturaleza, sucede que la fortuna muda y gobierna a los hombres, y los tiene bajo su yugo”. Maquiavelo N., *Epistolario*, México, FCE, 2014, pp. 71-72

ganarle a la fortuna, aunque sólo contingencialmente. Como si se tratase de tejer y de modalizar nuevas “fortunas” en base a una virtud creciente, a una composición cada vez mayor de la potencia y el poder *bajo y oscuro* del pueblo. Hablamos también de una posibilidad de lectura rebuscada, pero fructífera: la *mala fortuna* de los de arriba es la *buena fortuna* de los de abajo. La virtud constructiva de la multitud es “baja y oscura” porque la *virtud* (entendida casi como lo hace Negri en su comentario al florentino)⁵ puede devenir poder constituyente de una potencia no asimilable a las dinámicas de “enclavijamiento” (*incavicchiate* dice Maquiavelo) de la fortuna –o a las formas de subsunción del capital. Pero el *partisanismo* de Filippo Del Lucchese va más allá todavía.

Castruccio ha afirmado, a través del texto de Maquiavelo (recuérdese las mil formas en las que el florentino hace hablar a sus personajes) que “la fortuna, que quiere ser árbitro de todas las cosas humanas, ni me dio juicio bastante para conocerla, ni tiempo suficiente para dominarla”.⁶ La prudencia nunca es suficiente para modificar los avatares de la fortuna en su totalidad. Si en *El Príncipe* esta función defectiva de la “prudencia” se expresa a través de la metáfora del equilibrio, que recuerda al muy anglosajón *power balance* –concepto proveniente de la propia lectura de Maquiavelo, en *La vida de Castruccio* muestra el esfuerzo, la insistencia de un hombre en su propia virtud, a pesar de todo, interrumpida: “la fortuna, enemiga de su gloria, cuando más debía prolongarle la vida, se la quitó.”⁷ ¿Es la fortuna una modulación ontológica del ser para la muerte?, ¿la negatividad es su forma?, ¿es una fuerza eterna, Fortuna, proveniente del antiguo itálico *Vortumna*, la que rota; la rueda de la fortuna?, ¿es una condición-estructurante, el poder de lo que siendo aleatorio y coyuntural, *ocasional*, produce sin embargo una eternidad y un *enclavijamiento*? Parece que, sin dudar del carácter ambivalente y contradictorio de los conceptos maquiavelianos, podemos afirmar que hay en el propio concepto de fortuna una suerte de *partisanismo*, que se traduce permanentemente desde la *posición* de quien escribe, Maquiavelo, hasta la función epistemológica de la *fortuna* en el cambiante escenario de la problemática maquiavélica. Siempre que en los textos de Maquiavelo se nos representa la imagen de la catástrofe, de la *mala fortuna* –que arrebató la vida, produce la muerte, registra el caos y el *scandoli*, los tumultos que azotaron la Florencia medieval y que Maquiavelo tanto admiraba⁸–, hay una suerte de “toma de partido” por la posición del *popolo minuto*, de la ínfima plebe que, persistiendo en su propia virtud, no significa más que la *ruina* de la clase gobernante. Es lo que percibe Del Lucchese en su interpretación de Maquiavelo. No se trataría de encontrar por una parte, en *Los Discursos* o en *El Príncipe*, “una visión lucreciana de la realidad” que enfatiza los efectos producidos por eventos aleatorios, “independientes de cualquier patrón teleológico y providencial”⁹, y, por otra parte, pero en el corazón de estas mismas obras, una toma de partido determinada. Mientras que, en efecto, la tradición de lectura conservadora en torno a la obra del florentino ha impuesto una oposición

5 Negri A., *El poder constituyente*, Madrid, Traficantes de sueños, 2014

6 Maquiavelo, op. cit., p. 656

7 Ibid., p. 655

8 Véase: Maquiavelo N., *Historia de Florencia*, Madrid, Alfaguara, 1979

9 Del Lucchese F., *The political philosophy of Niccolò Machiavelli*, Edinburgh University Press, 2015, p. 49

(desmentida brillantemente por Leo Strauss)¹⁰ entre *El Príncipe* y *Los Discursos*, lo que en el fondo constituye la tesis fundamental del libro de Filippo Del Lucchese, es que es el propio *partisanismo* de Maquiavelo el que convive o sobrevive en el corazón de su “plus” ontológico. Es, por tanto (y esto constituye una proposición ultra-althusseriana) la unidad (débil, esforzada, pero unidad al fin) entre ontología y posición: realizada tanto en *El Príncipe* como en *Los discursos*, pero mediante una serie de transacciones terminológicas y mediaciones que virtualizan o modalizan la “posición” maquiaveliana en otras posiciones (“para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es necesario ser príncipe, y para conocer bien la naturaleza de los príncipes, es necesario ser parte del pueblo”).¹¹

Del Lucchese presenta su propia tesis en los términos de un *exceso* de politicidad de la propia epistemología/ontología:

Dentro de esta noción dinámica y conflictual de la política, una posición partisana debe ser tomada, y es, inequívocamente, del lado del pueblo o la plebe, debido a que el pueblo y la plebe son los únicos grupos que pueden guardar y defender la libertad contra la actitud codiciosa y ambiciosa de los grandes¹²

La posición dinámica-conflictual, es decir, lo que en otro lugar Etienne Balibar ha llamado directamente *epistemología conflictual*, se juega en este partisanismo, se define en él. Porque el problema que cruza la lectura de Del Lucchese es que, finalmente, se trata de hallar una co-incidencia entre estos planos, por así decirlo, superpuestos de producción teórica del propio Maquiavelo: la “ontología” de la relación, la epistemología conflictual, la desarmonía de la ciudad consigo misma y finalmente la *toma de partido* en esa relación que es de suyo teórica. Las fuentes de esta superposición de planos son variadas. En primer lugar está la teoría de los dos humores que Maquiavelo enuncia en *El Príncipe*. De Averroes¹³ hasta Marsilio de Padua, la metáfora corporal para entender la ciudad –y la democracia, y la república– funciona aparejada a la vieja noción higienista de la ‘salud’ del cuerpo-político. Si el cuerpo político es un cuerpo-moral, o si es un cuerpo-sano, entonces estaríamos hablando de un cuerpo-armónico, de un cuerpo que es capaz de “armonizar” sus partes. Maquiavelo, explica Del Lucchese, produjo una ruptura con este ideal del cuerpo sano, armonioso, indicando así no que haya que producir un perfecto “equilibrio” en la epidermis política y en la composición de los órganos, sino más bien una suerte de desequilibrio constitutivo, una *división originaria*. “Cuando Maquiavelo decide usar el paradigma médico de los humores, lo desvía del sentido tradicional, planteando la idea de que no es la unión, sino la desunión, el desequilibrio y la dinámica conflictual de los humores lo que representa la buena salud del cuerpo político”.¹⁴ El significado de la *renovatio* es precisamente esta reinención permanente de lo conflictivo en el seno de la multitud o el bajo pueblo. Como el mismo Maquiavelo

10 Strauss L., *Thoughts on Machiavelli*, University of Chicago Press, 1959

11 Maquiavelo N., *El Príncipe*, Buenos Aires, Losada, p. 68

12 Del Lucchese F., op. cit., p. 54

13 Especialmente en su lectura de la *República* de Platón

14 Del Lucchese F., op. cit., p. 50

señala en los *Discursos*, “todas las cosas del mundo tienen un final” pero aquellas que prevalecen “son las que no han desordenado su cuerpo”, donde *desorden* significa precisamente ausencia de renovación, porque las alteraciones *salutíferas* “son aquellas que reconducen [a las repúblicas] a sus principios” –es decir que el único principio de orden es la alteración que renueva el cuerpo, y que obliga a la recomposición de las condiciones de su propia durabilidad. Lo que no se renueva de este modo, “no puede durar”: el significado de la duración no es el de la armonía entre las partes, sino el de una desarmonía *salutífera*, que produce barrocamente la renovación y la recomposición del cuerpo político.¹⁵

Al mismo tiempo, este entramado específico de proposiciones posibilitaría pensar una teoría de la ciudad y el principado que excede los dos ideales platónico-aristotélicos que nos han sido heredados en la teoría clásica de la política: la idea del “justo medio” y la *phrónesis* como tendencia ética y la idea del “bien común” como sinónimo de la felicidad de la *Politeia*. “Un bien común -señala Del Lucchese-, una solución común al problema de la ciudad, es materialmente imposible, debido a que la materia misma de la ciudad está hecha de partes en conflicto con intereses en conflicto”.¹⁶ Si, acorde a la lectura maquiaveliana de Del Lucchese, no hay simplemente un bien común que traduzca las partes en conflicto a un universal válido (carente de conflictividad) entonces, lo que nos hereda Maquiavelo es la posibilidad de pensar la república fuera del esquema de la soberanía indivisible que ocupa a la filosofía moderna de Hobbes y Rousseau. Una política sin bien común sería una política, también, carente o falta de síntesis y de consenso; y, por tanto, un ámbito donde lo político es llevado más allá del consenso y más allá de la *higiene* de los acuerdos -donde es pensable una política del desacuerdo, pero en un sentido tal vez distinto al de Jacques Rancière.

Desde luego una de las cuestiones más polémicas a la hora de confrontarnos a las interpretaciones del pensamiento maquiaveliano, es la lectura de *El Príncipe*. La obra más conocida de Maquiavelo, comienza a tener una especie de vida espectral luego de la muerte de su autor. Traducido a diversos idiomas y plagiado en diferentes formas, este libro teje rápidamente un entramado de rumores y frases atribuidas y tribuladas, entre las que se encuentra (obviamente) “el fin justifica los medios”. Ya en 1523 (cuatro años antes del deceso del florentino), el ex-averroísta Agostino Nifo publica un tratado bajo el nombre *De regnandi peritia*, dedicado a Carlos V, queedulcora algunos puntos esenciales del discurso maquiaveliano con pasajes y principios tomistas. Agostino Nifo, en su plagio, había sacado toda la parte de *El Príncipe* dedicada a los principados eclesiásticos (probablemente, para no desagradar a un rey católico como Carlos V). En 1559, en las famosas listas (Index) de obras prohibidas por la Iglesia, Maquiavelo aparece entre los autores de la primera clase, con una condena “que se extendía no sólo al editor, sino a todos los libros que éste publicara después del condenado”.¹⁷ Es indudable que este Index no fue del todo efectivo, y una prueba de ello son las numerosas solicitudes dirigidas a la Iglesia y a la

15 Maquiavelo N., *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 2009, p. 305

16 Del Lucchese, op cit., p. 96

17 Mestrangelo, Stella. “Acerca de la bibliografía de Nicolás Maquiavelo en la Biblioteca Nacional de México” en Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Segunda época, N°4, 1990, p. 13

Inquisición española (una institución que, como se sabe, tenía cierta fama y rango de autonomía), con el fin de suavizar la censura que pesaba sobre el autor de *El Príncipe*: “Muchos hombres principales y de qualidad sienten la falta de las obras de Nicholao Machiavello que se a prohibido por el nuevo índice i cathalogo que se a publicado”.¹⁸ Pese al Index y a toda su intención prohibitiva, en 1555 Guillermo de Millis publicó en Medina del Campo *Los discursos de Nicolao Machiaveli Florentino sobre la primera década de Tito Livio, ahora nuevamente traducidos de lengua Toscana en lengua Castellana: muy utiles y prouechososo para cualquier príncipe o gouernador*.¹⁹ Sólo en 1821, cuando ya ha pasado mucha agua bajo el puente de la Razón de Estado, será autorizada por las Cortes de Cádiz la publicación de *El Príncipe*. Es en este contexto de depuración y sedimentación teórica que la obra de Maquiavelo resiste el paso del tiempo.²⁰ Indudablemente, estos procesos de censura y reelaboración sistemática del pensamiento maquiaveliano, tienden a construir el mito; la idea de un libro “bajo y oscuro” como el origen de Castruccio, pero no en el sentido del partisanismo plebeyo que destaca Del Lucchese, sino en el sentido de una adscripción plena a las monarquías absolutas que empezaban a surgir en Europa –en otro plano, el escritor y político bolchevique Lev Kamenev (en pleno ‘humanismo’ soviético), planteará que *El Príncipe* es la obra de una clase emergente, la burguesía europea, en medio de los primeros embates de la decadencia feudal.²¹

Del Lucchese lee este libro como la “conjunción entre la interpretación científica y la exhortación retórica, de teoría y práctica, del estudio intelectual y de la experiencia práctica”.²² Es evidente que *El Príncipe* mezcla varios niveles de análisis intelectual con exhortaciones prácticas, y que esa superposición excede de hecho la clásica representación leninista de la “unidad entre teoría y práctica” como una cuestión de *método*: Maquiavelo incluye en *El Príncipe* un *locus* poético o poemático que asedia precisamente el lugar desde el que leemos su libro.²³ Así, al describir la fortuna como esos “ríos impetuosos” que todo lo destruyen, Maquiavelo no sólo nos está entregando, por así decirlo, una *metáfora auxiliar* para entender el rol de las “condiciones objetivas” adversas en el desarrollo de la política (fue la lectura de los grandes marxistas maquiavelianos, como Gramsci o Althusser), sino también una sustracción o “plusvalía negativa” ontológica radical: la fortuna no se parece simplemente a los ríos impetuosos porque no podamos controlarlos, sino por sus efectos de discontinuidad aleatorios, por su transmutación permanente en *mala* fortuna creativa o productiva, al más puro estilo lucreciano, mediante choques y

18 Carta del 9 de Noviembre de 1584, del secretario del duque de Sessa y Soma, dirigida al Supremo Tribunal de la Inquisición Española. Citada en Mestrangelo, op. cit., p. 15

19 Citado en Mestrangelo, op. cit., p. 14

20 Por supuesto, si nos referimos a los eventos que suceden fuera del ámbito de la recepción española, fundamental en la imagen de un Maquiavelo teórico de la razón de estado, nos encontramos con la increíble acogida de Spinoza. El filósofo judío cita dos veces a Maquiavelo en su *Tratado político*, y es indudable que la presencia del “agudísimo florentino” en su pensamiento va más allá de esta obra.

21 Kamenev L., *Preface to Machiavelli*, New Left Review 15, 1962, pp. 39-42

22 Del Lucchese, op. cit., p. 75

23 Véase: Lezra, J., *Corpora Caeca: Discontinuous Sovereignty in The Prince*, en Del Lucchese F. & Morfino V., *The Radical Machiavelli*, London, Brill, 2015

desviaciones. Desde luego *Príncipe* es el nombre de un principio o de una principalidad, y esto es lo que resulta más problemático a la hora de entender esta dinámica plural del libro maquiaveliano. Ya que, en el fondo, toda la acción de este principio, toda su *praxis* en el terreno de lo real se encuentra determinada por la variabilidad de “los tiempos y las cosas”, el *principio* de *El Príncipe*, e incluso más; el propio *príncipe* debe devenir un principio-plural, una unidad entre lo que Maquiavelo llama “contemporización” y la creatividad productiva de la república. Del Lucchese llama a este principio plural “dinámica conflictual”: “El principado civil no se muestra como un espacio de coexistencia pacífica entre diferentes fuerzas. Como en *Los Discursos*, este abre el tumultuoso espacio de lo social a la conflictualidad política –una conflictualidad que será desarrollada e investigada más en detalle, por Maquiavelo, en su principal trabajo como historiador, la *Historia de Florencia*”.²⁴ En efecto, el principio plural, conflictivo, poemático de los conceptos de fortuna, virtud, prudencia y ocasión que operan en *El Príncipe*, será expuesto en la *Historia de Florencia* en una modulación que, siguiendo a Deleuze, podemos llamar “micropolítica”.

Del Lucchese define muy bien la idea de *virtù* en su acepción maquiavélica, distante tanto de la *Φρόνησις* aristotélica como de la idea contra-reformista de la *razón de estado*:

La *virtù* consiste para Maquiavelo no en un principio fundamental que opera sobre todos los conflictos sociales para resolverlos y organizarlos, sino en un principio radical e inmanente que opera *en y a través* del conflicto. El príncipe es necesariamente un principio parcial, uno entre otros y contra varios otros. Y debido a que no *representa* al pueblo, el príncipe *deviene* el pueblo *contra* los *grandi*.²⁵

Este es, en definitiva, el corazón de la apuesta de Filippo Del Lucchese: ensayar una “filosofía” política maquiavélica cuyo centro es el conflicto no como *dialéctica* sino como *posición*. Como posición en términos de *poner* algo ahí, en el terreno tumultuoso y conflictual de lo político (tal como “una mañana, en la plaza de Cesena, [César Borgia] expuso a Ramiro de Orco partido en dos mitades, con un trozo de madera y un cuchillo ensangrentado”²⁶) y como posición en términos de poner-se del lado del *popolo minuto*, esa multitud de hombres vulgares, bajos y oscuros que ensayan un pensamiento *en y a través* de sus prácticas. La alternativa hegemónica de la burguesía y las clases dominantes, tanto los *grandi* como el *popolo grosso*, es en cambio “la retórica del bien común usada por la figura clave de Girolamo Savonarola”²⁷, pero también más adelante por la tradición populista, desde Rousseau, pasando por Alexandr Herzen y su teoría del pueblo ruso –intrínsecamente bueno, intrínsecamente comunitarista, intrínsecamente insuflado con el ideal mesiánico de un zarismo popular– e inclusive por Ernesto Laclau, para quien la ampliación de la identidad “proletaria” debe rozar o tocar al pueblo como una unidad hegemónica armado de

24 Del Lucchese, op. cit., p. 84

25 Ibid., p. 161

26 Maquiavelo N., *El Príncipe*, ed. cit., p. 106

27 Del Lucchese, op. cit., p. 92

lógicas equivalenciales y “prácticas articulatorias antagónicas”.²⁸ La dinámica de esta conflictualidad y de este principio parcial-plural (y por ello mismo débil en el sentido de que no llega a constituirse ni como *telos* ni como *hegemon* o *teologumenon*) no depende de una lógica general del antagonismo, sino de una lógica singular, siempre desplazada, de la coyuntura. Según Del Lucchese, un ejemplo de esta lógica singular es precisamente el *Tumulto del Ciompi* que asoló a Florencia en 1378. Tenemos también la propia *virtù* de Castruccio, o la imaginación productiva de Calímaco en *La Mandrágora*. Lo que abre este libro sobre Maquiavelo no es nada menos que la posibilidad de pensar un entrelazamiento teórico fuerte entre epistemología y conflicto, que excede las divisiones disciplinarias del propio término “filosofía” que intitula el texto (*political philosophy*), y que plantea un desafío singular: el de pensar la conjunción-superposición entre este pensamiento “bajo y oscuro” por su filiación partisana, y el materialismo aleatorio de las coyunturas o “casos” singulares. Se trata, en todo caso, de una apuesta cuyo punto de partida es su propio comienzo expresado en términos de determinación clasista (“lucha de clases” en la teoría, “dictadura del proletariado” en el plano mismo del pensamiento), y que parte de “*la materia*, su gravedad y su potencia”, así como “del infierno de la fábrica, los tugurios, la enfermedad, la usura”, convirtiendo así la filosofía, o al menos el concepto de filosofía, en algo disponible sólo para habitar sus propios márgenes: una filosofía “*que sabe callarse y aprender*”.²⁹

28 Laclau E., *Hegemonía y estrategia socialista*, México, FCE, 2001, p. 155

29 Althusser L., *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*, Buenos Aires, Paidós, p. 64